

LA PRESENCIA DE LA IGLESIA EN LA UNIVERSIDAD Y EN LA CULTURA UNIVERSITARIA HACIA UNA NUEVA EVANGELIZACIÓN

Prof. Mons. Guy-Réal Thivierge
Congregación para la Educación Católica

Ponencia impartida en el marco del XXXII Encuentro de Delegados/as Diocesanos y Responsables de Pastoral Universitaria, "La Pastoral Universitaria ante los nuevos retos", convocado por la Subcomisión Episcopal de Universidades (Burgos, 16-17 noviembre 2017)

INTRODUCCIÓN

Queridos amigos, debido a sus orígenes y a su historia, la universidad católica es una de las expresiones más significativas de la solicitud pastoral de la Iglesia. Esta abre a la búsqueda de una inteligencia dinámica de las relaciones entre las culturas, las ciencias y la fe. Esta iniciativa no es sólo una exigencia de la cultura, sino también un requisito de la misma fe. La fe que no se convierte en cultura, corre rápidamente el riesgo de no ser plenamente acogida, y de permanecer ajena a la vida de las personas y de las comunidades. La fe que anuncia la Iglesia - tal como lo ha explicado claramente San Anselmo - es una «*fides querens intellectum*», una fe curiosa e investigadora, que cuestiona; una fe que debe impregnar al mismo tiempo la inteligencia y el corazón del hombre, una fe que debe ser bien pensada para ser bien vivida... y al revés, bien vivida para ser bien pensada. En su Exhortación Apostólica *Evangelii Nuntiandi*¹ sobre el Evangelio en el mundo contemporáneo, Pablo VI hace notar que evangelizar es «impregnar y transformar con la fuerza del Evangelio los criterios para hacer un juicio, los valores determinantes, los puntos de interés, las líneas de pensamiento», en otras palabras toda la cultura de la humanidad, su manera de pensar, de vivir y de ser. La teología clásica afirma con frecuencia que «*la gracia no destruye sino que supone y perfecciona la naturaleza*»; así mismo estoy convencido que «*la gracia supone la cultura para volverse plenamente operante*». Volveré a esto a lo largo de mi intervención.

En su discurso a los participantes en la *Asamblea Plenaria* de la Congregación para la Educación Católica (13 de febrero de 2014), el Papa Francisco propuso una explicación particularmente sugerente de la educación cristiana, al afirmar que ésta «*es un acto de amor, es dar vida*». Como todos sabemos, el amor es exigente, solicita los mejores recursos, despierta la pasión de los educadores para ponerse en camino junto a las nuevas generaciones. El Papa Francisco añade: «*el educador debe ser, ante todo, muy competente, cualificado y, al mismo tiempo, rico en humanidad, capaz de estar en medio de los jóvenes con estilo pedagógico para promover su crecimiento humano y espiritual*». Estas palabras familiares y contundentes a la vez, nos presentan la esencia de lo que debe ser la educación católica: un acto de amor en el cual discípulos y maestros progresan juntos en la búsqueda de la verdad acerca de Dios, del hombre y de la creación², poniendo de este modo los propios talentos al servicio del bien común de toda la humanidad.

¹ Papa Pablo VI, Exhortación Apostólica *Evangelii Nuntiandi*, n. 19-20 (1975).

² *Ex Corde Ecclesiae*, n. 1.

Estas pocas palabras de Papa Francisco marcan a su manera también el horizonte de la cultura cristiana y de la pastoral universitaria. Para quien está llamado - como nosotros - a servir en el seno de las universidades católicas, cualquiera sea nuestro cargo y nuestra tarea, reflexionar nuevamente sobre las orientaciones y especificidades que fundan la misión universitaria y que surgen de su propia identidad, es una responsabilidad mayor a la vez que una garantía de la autenticidad, de la coherencia y de la calidad de los servicios propuestos en nombre de la Iglesia.

Mi intervención se centrará particularmente en tres aspectos de la problemática educativa católica: en primer lugar, hablaré del rol central de la pastoral en el ámbito de la educación cristiana (católica); luego unas constataciones que considero útiles, y espero sean lúcidas y valientes, sobre la realidad actual de la pastoral universitaria, la vida de los estudiantes y de los capellanes hoy en día; y finalmente, unas palabras para subrayar la urgencia de repensar la pastoral, esta práctica esencial en el seno de las universidades, con algunas sugerencias a veces prácticas, que quieren orientar hacia la creación de una nueva cultura de la pastoral en el ámbito educativo. Cuento mucho con ustedes para abrir el diálogo que nos permitirá compartir nuestros sueños y nuestras preocupaciones comunes, analizarlos y - de este modo - reajustarlos en una esperanza que abre a nuevos horizontes y, ojalá, así generar al mismo tiempo nuevas actitudes y prácticas.

Me permito agregar también que a nuestro encuentro lo ubico en una perspectiva todavía más amplia, en la cual vuestra participación asumirá una nueva dimensión de servicio. De hecho, la Congregación para la Educación Católica, durante su última Asamblea Plenaria del 2017, se fijó como objetivo elaborar un inventario de las mejores prácticas pastorales universitarias, darlas a conocer y proponer una reflexión para dinamizarlas nuevamente a la luz de las nuevas exigencias del mundo actual y de la Nueva Evangelización. Nuestros diálogos de hoy van a constituir, en este sentido, una aportación valiosa tanto para la Iglesia universal como para los ámbitos de los cuales ustedes son responsables.

1. EL ROL CENTRAL DE LA PASTORAL EN LA EDUCACIÓN CATOLICA

La Iglesia comprende la educación como un proceso de formación integral a través de la asimilación sistemática y crítica de la cultura, al servicio del desarrollo pleno de la persona en la perspectiva de su destino trascendente³. Esta concepción de la educación – que va mucho más allá de la mera instrucción y formación profesional - aspira prioritariamente a una formación integral por medio de una educación de calidad, allí donde la fe está vinculada en forma transversal a todas las dimensiones del proceso formativo. La educación cristiana predispone de este modo a la búsqueda de la verdad, en el respeto tanto de los derechos como de los deberes, vividos con espíritu de acogida, de respeto y de solidaridad. Asimismo, prepara para un uso moderado de la propiedad y de los bienes que garantizan una existencia justa para todos y en todas partes, y por último, sensibiliza hacia una comprensión y una cultura abierta a la trascendencia allí donde el Evangelio de Jesucristo es portador de verdad, de amor y de vida nueva.

³ Congregación para la Educación Católica, *La escuela católica*, 1977, 26.

En este sentido, la pastoral ocupa una posición central en el pensamiento católico acerca del mundo de la educación, puesto que es el vehículo y la forma concreta a través de la cual la fe está presente en la vida de la comunidad educativa, siendo además su núcleo y su estructura.

En efecto, en el mundo universitario, la pastoral *«es aquella actividad que ofrece a los miembros de la comunidad la ocasión de coordinar el estudio académico y las actividades extra-académicas con los principios religiosos y morales, integrando de esta manera la vida con la fe»*⁴. Esta concretiza en el seno de la universidad la misión de la Iglesia por medio de la evangelización de la cultura, de la vida sacramental, de la formación humana integral a la luz de la fe, de las acciones misioneras y de solidaridad cristiana. Favorece entre sus miembros el encuentro personal y comunitario con Jesucristo, quien le da sentido a la vida y funda nuevas esperanzas para compartir. El Papa Pablo VI nos dice que *“no hay evangelización sin la proclamación explícita de Jesús como Señor”*⁵.

La pastoral universitaria - indispensable para la nueva evangelización de la comunidad educativa católica - desempeña un rol central con respecto a la identidad institucional, precisamente porque está en primer lugar, al servicio del crecimiento de una cultura universitaria global conforme al Evangelio y, en segundo lugar, porque favorece la coherencia vital que exige que la comunidad no sólo eduque a la fe sino también que la viva orgánicamente. Por otra parte, la pastoral también está naturalmente al servicio de las personas, porque las ayuda a no ocultar la cuestión de Dios como dimensión esencial de su existencia, superando de esta manera los límites que se impone la misma razón cuando reduce su campo de acción a lo que es verificable (medible), y más particularmente en los ámbitos de las llamadas ciencias positivas. Esto manifiesta hasta qué punto una comunidad educativa católica, abierta a las riquezas de la fe, debe ser fundamentalmente consciente de la importancia de sus actividades pastorales, y sensible al modo con el cual éstas pueden influenciar las actitudes y los comportamientos, y así enriquecer la visión del mundo, un mundo para amar y transformar.

2. LA REALIDAD ACTUAL DE LA PASTORAL UNIVERSITARIA

La educación católica, por su propia vocación, tiende a situar los valores del Evangelio en el corazón de la cultura y de la formación. Hoy, diría paradójicamente, las instituciones de enseñanza superior católica en casi todo el mundo viven una grave crisis de identidad de la cual tampoco es inmune la pastoral universitaria. Sin tener la menor intención de hacer un juicio de valor sobre la situación actual, los responsables y las universidades, y sin pesimismo alguno de mi parte, debéis vosotros necesariamente constatar que son muy pocas las instituciones que pueden comprobar que los procesos evangelizadores que proponen son medianamente adecuados, y que el programa pastoral que implementan demuestra una madurez y una calidad al menos iguales al de las demás actividades institucionales. En otras palabras, hay una especie de fractura entre la vida académica y los servicios pastorales.

⁴ *Ex Corde Ecclesiae*, n. 38.

⁵ Papa Pablo VI, Exhortación Apostólica *Evangelii Nuntiandi*, n. 22 (1975).

Las razones de dicho divorcio son diversas y variadas; se deben buscar dentro y fuera de las universidades. Son conocidas y cotidianamente constatamos sus consecuencias; estoy convencido que ustedes las experimentan en vuestro ámbito de arraigamiento pastoral y que podrían hablar muy bien de esta cuestión, y hasta mejor que yo. Me detengo aquí unos minutos, sin pretender proponerles un diagnóstico exhaustivo.

Antes que nada hay que pensar en los violentos cambios epocales que caracterizan nuestras sociedades y que constantemente exigen verdaderos reposicionamientos por parte de las personas, grupos e instituciones, en particular del ámbito católico, pero no exclusivamente. Al mismo tiempo, estoy convencido que la época actual también puede presentar nuevas oportunidades. Vivimos momentos fluidos (Zygmunt Bauman habla de «*sociedad líquida*»), fragmentados, fugaces, donde reina la inestabilidad cultural, unida a la inestabilidad social, política, educativa y económica. Los primeros en padecer las consecuencias son los adolescentes y las jóvenes generaciones, cuya identidad - aún frágil e incompleta - tiene que enfrentarse con la firmeza cultural de los adultos a veces mal transmitida o no transmitida del todo a los más jóvenes.

Las turbulencias relacionadas a los cambios epocales que estamos atravesando, generan grandes interrogantes teóricos en los especialistas, pero para los educadores como nosotros, nuestras preocupaciones son sobre todo de orden más existencial y práctico. El ser humano moderno es un «*hombre expuesto a la intemperie*»; una expresión que describe profundamente el sentimiento vago e intangible de angustia e de inquietud que genera un «malestar» inexplicable en muchos hombres y mujeres de nuestras sociedades. Las consecuencias más negativas y los riesgos recaen en las personas particularmente vulnerables y desfavorecidas: entre éstas, se encuentran las jóvenes generaciones, a menudo abandonadas a sí mismas, ya que ocupan - lamentablemente con frecuencia - los últimos lugares en la jerarquía de las prioridades de nuestras sociedades.

Estoy también convencido que llegó el momento de abrir una brecha en esta constatación que puede parecer poco entusiasta, y hacer todo lo necesario para desarrollar la confianza en los jóvenes. Estos jóvenes con frecuencia son definidos y presentados demasiado negativamente como las víctimas de la crisis de los sistemas educativos, de las deserciones escolares y del mercado laboral. Es verdad que la escuela y la universidad - y junto con ellas las jóvenes generaciones - son afectadas frecuentemente por problemas educativos graves, como la desmotivación en los estudios, la falta de voluntad para crecer, sin olvidar su difícil inserción social y profesional. En el terreno psicológico, los jóvenes experimentan enormes tensiones y graves desviaciones: por ejemplo, supe recientemente por el telediario que unos jóvenes desocupados y aburridos prendieron fuego a un mendigo, y que unas jóvenes vendían las fotos de su intimidad personal para pagarse la recarga de su teléfono móvil. Tristes realidades, no cierto.

Por otra parte, tampoco podemos olvidar la relativa importancia atribuida a la pastoral universitaria, por parte de los administradores, profesores y otros miembros del personal de nuestras instituciones, a la precariedad de los presupuestos y de los procesos pastorales implementados por las instituciones que se limitan con frecuencia a acciones puntuales, por lo general solidarias, o especialmente de carácter sacramental. En fin, cómo

no tener en cuenta el aislamiento de los capellanes y de los agentes pastorales, a quienes las autoridades confían la totalidad de la misión de la pastoral universitaria, olvidándose que ésta es antes que nada responsabilidad de la comunidad universitaria en su conjunto, empezando por los rectores, los consejos de administración, hasta los decanos, los profesores y los estudiantes que componen dicha comunidad. Además, se advierte con frecuencia que las personas encargadas de la pastoral no son representativas de los perfiles habituales atribuidos al personal de esa misma institución. Esto tiene como efecto marginar la acción pastoral y hacerla, en algunos casos, poco atractiva para la mayoría. Las consecuencias de todo esto son la poca incidencia de la pastoral en la vida de las instituciones y de las personas, y un escaso impacto cultural en el seno de la universidad y de su ambiente. Sucede también que los responsables pastorales pueden estar más preocupados por mantener su empleo que por la misión evangelizadora y cultural de la institución a la que pertenecen. De ahí la importancia de los criterios de selección que determinan la elección de las personas que serán destinadas a la misión pastoral universitaria, su experiencia humana, su preparación intelectual y espiritual que siempre condiciona el pleno florecimiento de su formación profesional y, por lo tanto, la calidad de su presencia y de su influencia en los estudiantes y en el personal universitario en su conjunto. Queridos capellanes, vuestra misión es de las más difíciles que se encuentran en el mundo universitario.

Permítanme agregar a todo esto dos aspectos más que no son secundarios cuando se habla de pastoral universitaria. El primero tiene que ver con la falta de articulación (la fractura) entre la pastoral y la vida de la totalidad de la comunidad universitaria. En otras palabras, se trata del aislamiento de la acción pastoral con respecto a la actividad académica, científica, profesional de los formadores y de los mismos estudiantes. Por qué no imaginar, entre otras cosas, acciones pastorales diferenciadas y adaptadas a las distintas funciones de las personas, a sus itinerarios académicos que reflejan innegablemente expectativas diferentes, así como mentes (mentalidades) y sensibilidades (gustos) también muy variados. A este respecto, se podría subrayar también la necesidad de poner más en relación la pastoral universitaria con las prioridades de la Iglesia local y universal.

El segundo aspecto que quiero destacar es la falta de información (de conocimientos) y la escasa consideración concreta del estado actual de la formación religiosa de los estudiantes que cursan sus estudios en las universidades católicas. En una encuesta mundial realizada con especialistas sobre el tema «*Las culturas de los estudiantes en las universidades católicas del mundo*»⁶, en la que respondieron 17000 personas procedentes de todos los horizontes geográficos y culturales, menos del 50% de los entrevistados se definen como personas religiosas. En la misma encuesta emerge que la mayoría de los estudiantes de Europa occidental (70%) no participa nunca en las actividades organizadas por el servicio pastoral de la institución a la cual pertenecen. Por consiguiente, tenemos que plantearnos una cuestión fundamental: ¿algunos de los presupuestos que orientan todavía hoy las actividades pastorales con frecuencia no dan por descontado que nuestros

⁶ Este estudio fue realizado en el marco del Centro Coordinador de la Investigación de la Federación Internacional de Universidades Católicas (FIUC) y los resultados fueron publicados en tres idiomas (inglés, español y francés). También se encuentran en el sitio Internet: www.fiuc.org.

estudiantes estarían evangelizados, mientras que en realidad la mayoría de ellos distan mucho de estarlo?

Concluyendo este segundo punto sobre el panorama de la pastoral universitaria, me parece esencial afirmar nuevamente que esta problemática debe ser orgánicamente articulada y en diálogo con todas las otras dimensiones del proyecto educativo; es éste un aspecto esencial del pleno florecimiento de la educación superior católica. En esta lógica, la pastoral tiene como misión ser el alma del proyecto universitario y permite que los cristianos vivan y profundicen su fe a la vez que brinda a los no católicos la posibilidad de experimentar de alguna forma la irradiación de la vida cristiana. No podemos olvidar que, siempre según los resultados de la misma encuesta mundial, son católicos tan sólo un 50% de los estudiantes que frecuentan nuestras instituciones. De allí se impone la constatación que nuestras universidades católicas son (ojalá en su mayoría) instituciones confesionales que, de hecho, se volvieron pluralistas, interculturales e interreligiosas, y obran cada vez menos en ámbitos que pueden considerarse sociológicamente cristianos. Por supuesto que no basta con deplorar la situación actual. Es preciso discernir en esta constatación nuevos desafíos educativos y eclesiales para afrontarlos todos juntos.

3. UNA NUEVA CULTURA PASTORAL A DESARROLLAR

Las Iglesias cristianas junto a la Iglesia católica y sus universidades están llamadas a afrontar una tarea muy difícil: comprender un nuevo idioma y un nuevo modelo de comunicación y, como en el caso de los dialectos locales, trabajar juntos, de este modo, en la construcción de códigos y lenguajes donde la visión cristiana del mundo y del hombre se vuelva legible y determinante. Para lograrlo habrá que superar la tentación de las recetas conocidas, «*Navega mar adentro, y echen las redes*»⁷ y comprometerse fundamentalmente en proponer nuevos comportamientos. Denunciar es sin dudas útil, anunciar es más difícil y más eficaz. Denunciar puede hacer comprender, anunciar permite abrirse a posibles transformaciones. Por esta razón me atrevo a compartir con ustedes una decena de propuestas, es decir, actitudes y nuevos caminos para desarrollar con respecto a las culturas y las mentalidades modernas descritas anteriormente, con la esperanza que resulten útiles y pertinentes frente a los desafíos planteados:

- Construir una gramática elemental de la existencia capaz de transformar *nómadas* perdidos en senderos insignificantes e interminables, en verdaderos *peregrinos*, a nivel afectivo, cultural, espiritual y religioso. Una vez que estos *nómadas* ya no se definan por su posición sino por su itinerario, habrá que aventurarse con ellos en la búsqueda del sentido para acceder al sendero de la verdad.
- Liberar a las personas dependientes del ambiente sociocultural y en búsqueda de la gratificación inmediata de los sentidos, para transformarlas en personas autónomas e independientes. Valorar la experiencia del cuerpo como lugar de apertura al mensaje cristiano. La Encarnación es el camino privilegiado de la salvación que Jesús trajo a la humanidad. Ayudar a superar la nostalgia de los modelos del pasado, tratando de crear modelos elocuentes para hoy.

⁷ Lc 5,4 (“*Duc in altum*”).

- Ofrecer una formación crítica que contribuya a poner orden en la inmensidad de informaciones que circulan, con el fin de crear puntos de referencia y referentes que ayuden a superar los miedos, los extravíos frente al futuro. Proponer contenidos que favorezcan el diálogo, el compartir y que abran el camino a tomas de decisiones apropiadas.
- Comprender el deseo de los jóvenes de estar juntos, de vida comunitaria, que se busca a través de la pertenencia a bandas o a pequeñas tribus, crear espacios de vida, de amor altruista, sensibles a la promoción del bien de todos.
- Acoger la sed de los jóvenes por la dimensión profética del Evangelio, denunciando las hipocresías y las incoherencias, sin temer la crítica social, familiar o religiosa; alimentar la esperanza que libera de la superficialidad y de la apatía; comprometer a los jóvenes en las causas de la justicia social, de la ecología y del medio ambiente y en los movimientos que denuncian los prejuicios y las injusticias. En este sentido, la enseñanza social de la Iglesia abre las mentes y los corazones a una comprensión profunda del Evangelio y de la Iglesia.
- Ante una cultura de la comunicación ruidosa e ininterrumpida, hablar en voz baja, de corazón a corazón, y simplemente de nuestra experiencia personal, de nuestro amor y de nuestra estima por la vida, por nuestra vocación, por nuestros familiares, por todos los jóvenes que nos han sido confiados, haciendo así que nuestro universo y nuestros sentimientos se vuelvan audibles y quizás experimentables para los demás.
- La poesía y el arte (la literatura, la música, el teatro, la pintura,) - muy a menudo inaccesibles para las nuevas generaciones - abren a la evocación y a la innovación que también favorecen el florecer de nuevos talentos y de un «*estilo personal*», elemento indispensable para las subculturas de los adolescentes y de los jóvenes. No olvidar que la belleza educa.
- Frente a la cultura de masa, volvemos educadores de “*proximidad*” que miren a las jóvenes generaciones no como un mundo opaco y misterioso, sino con una mirada fraterna que reconoce sus talentos, sus valores, sus necesidades, su sensibilidad y también su fragilidad.
- Para quienes buscan modelos, proponer sin temor una imagen de paternidad y maternidad competente y exigente, en particular con aquellos que viven la ausencia o el exceso de presencia de los padres, o que deben afrontar la competencia muy fuerte de redes selectivas de amigos.
- Junto al Papa Francisco, replanteamos, cultivamos y adoptamos una imagen nueva y más dinámica de la Iglesia, más fraterna, en diálogo, «*en salida*», abierta a las periferias, a los menos favorecidos, que no tiene miedo del riesgo, porque un educador que no se arriesga es un educador que se vuelve triste.

PERSPECTIVAS

Queridos colegas y amigos, sé que me han comprendido. Lejos de proponerles recetas preconcebidas, mi reflexión tiene como objetivo poner en perspectiva la necesidad imperativa de implementar *nuevos procesos*, maneras novedosas de afrontar, de concebir y de poner en acto la vida pastoral universitaria. Estoy convencido que vuestra labor cotidiana ya va en esta dirección porque, por un lado el mundo de hoy, los jóvenes que les fueron confiados, los empujan hacia esta dirección, y por otro lado, el mismo Cristo nos invita a esto, al mismo tiempo como cristianos y como pastores. Fuimos elegidos y cada día debemos tomar decisiones que explicitan la llamada que hemos recibido y escuchado: «*Vayan, y hagan que todos los pueblos sean mis discípulos...*».

Ante este horizonte amplio y relativamente inédito que se nos presenta, algunos criterios de fondo deben inspirar y guiar nuestra voluntad de renovación e iluminar permanentemente las elecciones que obramos. Me permitiré enunciar por lo menos cuatro criterios, basados en la enseñanza del Vaticano II y en la larga experiencia de la Iglesia.

En primer lugar, el criterio prioritario y permanente de la *contemplación* y de la introducción espiritual, intelectual y existencial en el corazón del *kerygma* que nos entrega esa fascinante y siempre gozosa noticia del Evangelio de Jesús. Un segundo criterio de profunda inspiración, estrechamente relacionado al primero, es el que invita a la práctica del *diálogo* a trescientos sesenta grados, que abre a la experiencia comunitaria de la alegría de la Verdad (*Gaudium Veritatis*) y del sentido y de sus implicaciones prácticas. El tercer criterio fundamental, abrirse a la *interdisciplinariedad* (o a la transdisciplinariedad) vivida con sabiduría y creatividad a la luz de la Revelación. Un cuarto y último criterio se refiere a la necesidad urgente de trabajar con los demás, *en red*, a nivel nacional e internacional inspirándose en las distintas tradiciones culturales y religiosas.

En fin, deseo compartir con Ustedes una última constatación del mismo Papa Francisco: La pastoral universitaria surge ante nuestra mirada como «*un gran desafío cultural, espiritual y educativo que supondrá largos procesos de regeneración*»⁸.

Prof. Mons. Guy-Réal Thivierge,
Congregación para la Educación Católica
España (Burgos), 17 de noviembre 2017

⁸ Papa Francisco *Laudato Si'*, n. 202.